BAROJA EN «LA JUSTICIA»... Y EN OTRAS PARTES

Terminaba la primera decena de noviembre de 1893, cuando en su domicilio de la calle de la Misericordia, junto a las Descalzas, el joven Pío Baroja, ya con sus veinte años, se decidió a redactar un artículo titulado «La tuberculosis y el matrimonio» —debió pensar que había seguido la carrera de médico y era soltero—, metió las cuartillas en un sobre y se echó a la calle para irlas a entregar en la redacción del periódico republicano *La Justicia,* situada aquélla en la calle del Arco de Santa María, números 10 y 12. En ese periódico, que se imprimía en la imprenta de Aleu y Cía., calle de San Agustín, número 2, un equipo de jóvenes liberales, bajo la dirección de un médico bastante similar a Baroja, pues su desvío de la Medicina que profesaba llevóle hasta alcanzar el nombramiento de ministro de la Corona, don José Francos Rodríguez, habían tomado a su cargo la defensa de los ideales republicanos, que representaba don Nicolás Salmerón. Francos Rodríguez no era una lumbrera, pero sí un hombre franco en singular por su carácter, su sencillez y su naturalidad, de la que puedo dar un ejemplo convincente: siendo yo un periodista principiante, aunque ya osado para dirigir un periódico, vino a mi pueblo como ministro; fui a verle y, sin hacerme esperar, me recibió en su cuarto del hotel zaragozano de Europa... en camiseta.

Volvamos a don Pío. En ese noviembre de 1893 había ya publicado algunos artículos en *La Unión Liberal,* de su pueblo, San Sebastián; entre ésos, uno sobre Dostoievski; otros en *El Liberal,* de Madrid; algunos más en un periódico de Valencia y en otro madrileño titulado *El Ideal,* cuya redacción estaba en la plaza de Celenque, a dos pasos de la panadería de su tía doña Juana Nessi.

La Justicia, que dirigiría más tarde don Antonio Zozaya, editor de una interesante colección de libros filosóficos, de grandes figuras extranjeras, sumamente económicos, reunía en su redacción nombres de jóvenes, entre los que sobresalía Alfredo Calderón, fecundo y noble espíritu, y otros de menos categoría, como Gonzalo de Reparaz, que

llegaría a comisario regio en Marruecos; Luis Ruiz Contreras, que se declararía comadrón de los hombres del 98; Anselmo González, que airearía su seudónimo de «Alejandro Miquis», y un paisano mío, Emilio Gabás, perteneciente a los periódicos del *trust* y corresponsal telegráfico de diversos periódicos de provincias, entre ellos de *El Heraldo de Aragón.*

El día 12 de noviembre apareció en *La Justicia* la primera colaboración de don Pío Barojas (?), que en adelante sería para siempre conocido sin la errata. No tuvo el honor ese día de la primera página; debió conformarse con la segunda, pero inmediatamente alcanzó en lo sucesivo la primera.

El artículo inicial se titulaba «La tuberculosis y el matrimonio». La lección del tema descubre el estado de salud de su hermano Darío, llevado a Valencia por la familia, para ver si aquel clima detiene el curso de su grave dolencia. Mas nada se logró, pues algunos meses después, en febrero de 1894, llegó su prematuro fin. Algunos meses más tarde don Pío presentaría en San Carlos su tesis doctoral, que llevaba por título «El dolor», fruto de su infortunada experiencia. Dado su carácter, suponemos que jamás colgó de un muro de su casa el título bajo cristal y rodeado por un marco.

En ese primer artículo suyo en *La Justicia* mostraba su autor el asombro que le enfrentaba con el abundante número de problemas sociales que la Medicina podía y debía ofrecer al juicio de los filósofos, generalmente establecidos en egoístas aislamientos, hasta los que no llegaban ni las tristezas ni las pequeñeces de una humanidad extraviada y loca. Es de suponer que no alcanzaría esa declaración al filósofo por él tan leído, que, al retirarse del mundo social, llevó a las alturas su propia falta de juicio.

Preguntábase Baroja si el individuo podía tener derecho, cuando sufría la esclavitud de semejante enfermedad, a engendrar, liberado de ulteriores preocupaciones, seres en quienes habrían de reproducirse las enfermedades de sus progenitores, imponiéndoles para su futuro una existencia miserable, negando rotundamente don Pío que tuviesen tal derecho y manifestando que debía serles vedado el matrimonio, más que seguro peligro para el cónyuge sano y para los hijos concebidos tan a lo bobo y también para la sociedad entera. Razonaba la necesidad de una intervención prohibitiva en el último período de la enfermedad.

Después de tal debut, de su colaboración, tan hondamente amargo y triste, tan natural en su situación familiar, su pluma tomó otros rumbos, de más «libre y amena literatura», y sus trabajos comenzaron

a aparecer bajo el título de «Hojas sueltas», en variada y abundante producción.

Recordamos, entre otros, los siguientes títulos: «En el vagón de tercera», «La perversidad», «Noche de vela», «Melancolías», «Danza de átomos», «El domingo en el pueblo», «En el siglo XIX», «Los inflexibles», «Monólogos», «El bien supremo», «Almas caritativas», «Diario de un desesperado», «¡Duerme Madrid!», «Novelerías», «La gran juerga», «La farsa del sepulturero», «Siempre solo», «Tristezas», «La operación», «El carbonero», «El enfermo», etc. Todos estos trabajos y algunos más fueron sacrificados en la selección que Baroja llevó a cabo al publicar su primer libro, el titulado *Vidas sombrías,* impreso por Antonio Marzo, en 1900, en su imprenta de la calle de las Pozas, número 12.

Queremos suponer que ese sacrificio tuvo una razón simplemente económica, porque Baroja se editó por su cuenta; aún no había conocido a Rodríguez Serra, al que, en el momento de su muerte, en diciembre de 1902, dedicaría un artículo en *El Globo* sumamente curioso, en el que decía, retratándolo: «Era joven por su edad, joven por su alma entusiasta. No había en él tarea difícil ni empresa imposible; tenía una actividad y una energía grandes. Era un hombre nuevo con ideas nuevas. Rebosaba en él una alegría franca y serena; sentía un odio grande por todo lo que representase injusticia; preocupación, una antipatía profunda por todo lo arcaico, lo seco y lo valetudinario. Siempre le vi, por espíritu de generosidad, al lado del vencido. Ponía en todas las empresas calor y entusiasmo. Era, en el fondo de su alma, un libertario.»

Bernardo Rodríguez Serra, catalán, muerto a los treinta años, había fundado *La Vida Literaria,* la Biblioteca Mignon, la de Sociología y Filosofía, y publicó obras de Benavente, de Marquina, de Unamuno, de Martínez Ruiz, de Acebal, de Gómez Carrillo. Merecía haber vivido y mereció en su corta existencia el juicio que de él hizo don Pío Baroja.

En sus contactos políticos Baroja no sería nunca un fiel correligionario. Tenía demasiada personalidad para ser no más que hombre de grupo o de partido. Nada más, si acaso, y aun por escaso tiempo, un adepto suelto y hombre de sí mismo, un carácter, sí, inclinado de modo constante a ideales avanzados, pero hombre libre. Si frecuentó ambientes diversos, dentro de tal orientación, ningún jefe de partido pudo legítimamente decir de él que seguía su inspiración, pues nunca aceptó la de nadie. Todo lo más que fue en política, un curioso de su desenvolvimiento, nada más. Su personalidad era tan enemiga de de-

pendencias de clase ninguna, que nadie debió llegar a creer que podía contar con su voto, pues por la experiencia de su trato durante años me atrevería a sospechar que probablemente, así como en la vida social permaneció soltero, en política no creo que llegara a molestarse en depositar en una urna de cristal su papeleta de elector.

Recuerdo la primera vez que le vi, de lejos, en la estación del Sepulcro, en Zaragoza, al paso del rápido de Madrid a Barcelona. Para más satisfacer su curiosidad, dejóse llevar por Lerroux a una expedición de propaganda radical en la Ciudad Condal. Llegado el tren, la masa de radicales que aguardaba en el andén a su jefe político, rodeó a don Alejandro, que había descendido del vagón para estrechar manos de adeptos. Pero Baroja, en el fondo del coche, no se molestó ni en asomarse a la ventanilla, y *su jefe* lo señaló a sus correligionarios como quien muestra a un león indiferente a curiosos en el fondo de su jaula. Esta fue mi primera visión de mi admirado ya don Pío.

Sus actuaciones ideológicas debieron ser siempre independientes o de muy reducida agrupación y constan en documentos hoy ignorados, muy difíciles de encontrar. Queremos por eso darlos a conocer. Por ejemplo, el siguiente:

UNA CIRCULAR DE «LOS TRES» *

Muy señor nuestro: Deseosos los que firman de cooperar, dentro de sus modestas fuerzas, a la generación de un nuevo estado social en España, dirígense a usted, que tanto puede hacer por nuestra idea, y le invitan a prestar su adhesión, contribuyendo a concretar en hechos un ideal naciente.

Hay en estos momentos en España un gran número de hombres jóvenes, de ideas nuevas, trabajadores humildes... Es cierto que no tienen una orientación única; tampoco la pueden tener. La desorientación actual es un resultado del medio ambiente. Uno de los caracteres típicos de nuestra época es la rápida digestión de los ideales. Hay en la atmósfera moral de este período en que vivimos un fermento tan enérgico de descomposición, que dogmas, utopías, fórmulas metafísicas, todo lo que no tiene una base positiva y exacta, aunque nazca lozano y fuerte, lo digiere el ambiente con una rapidez inverosímil.

El sentimentalismo ha producido en sociología, sobre todo en política, una porción de sistemas que en determinado tiempo han parecido dogmas indiscutibles y al poco tiempo han sufrido una crisis tal que han llegado a ser olvidados y considerados como sueños de cerebros vacíos.

Los filósofos de nuestro tiempo, los más grandes, han tratado de demostrar la relatividad de las ideas absolutas. Desde los enciclopedistas, que ríen el dogma religioso, hasta Schopenhauer, que trata de demostrar la insanidad de los prejuicios tradicionales, y Nietzsche, que

* Formaban tal grupo Pío Baroja, Ramiro de Maeztu y José Martínez Ruiz.

pone sus cuestiones más allá del concepto del bien y del mal, hay todos los grados de la destrucción.

Estamos asistiendo a la bancarrota de los dogmas; muchos de éstos, que hace años aparecían como hermosas utopías, hoy están cuarteados, momificados, aunarán quizá intereses, servirán para defender lo creado, pero no tienen el carácter de estables.

Un viento de intranquilidad reina en el mundo.

En España, como decíamos antes, hay un gran número de hombres jóvenes que trabaja por un ideal vago. Esta gente joven no puede unir sus esfuerzos, porque no es posible que tengan un ideal común. Dada la pureza intelectual del país, dada la pérdida nacional del sentido de moralidad, lo más lógico es presumir que, de estos jóvenes —siguiendo el camino de la mayoría de los hombres de la generación anterior—, los afortunados engrosarán los partidos políticos, vivirán en la atmósfera de inmoralidad de nuestra vida pública y los fracasados irán a renegar constantemente del país y de los gobiernos en el rincón de una oficina o en la mesa de un café.

¿Se puede creer que esta fuerza de toda esa gente joven es inútil, sin aplicación, que no tiene nada de aprovechable? No. La cuestión es saberla aplicar, la cuestión es encontrar algo que canalice esa fuerza, algo que sirva de lazo de unión entre todas esas energías dispersas y sin rumbo.

No puede servir de base de unión de unos y de otros el dogma religioso, que unos sienten y otros no, ni el doctrinarismo republicano o socialista, ni siquiera el ideal democrático, porque si muchos creen en la virtualidad de la democracia, otros la consideran como un absolutismo del número, que no ha producido ni producirá la liberación de la Humanidad, sino una especie de nuevos privilegios a favor de los más audaces y de los más indelicados.

Haeckel dice que la ontogenia —desarrollo del individuo— es una recapitulación de la filogenia —desarrollo de la especie—, y esto parece existir en el mundo moral como en el orgánico. Así, en nuestra época, en un individuo solo, se dan en germen ideas mezcladas, sentimientos contradictorios que agitaron en épocas lejanas al mundo.

Sin embargo, de esta disparidad de ideas y sentimientos, hay, entre todos los jóvenes, los que defienden el principio democrático y los que lo atacan, entre los que sustentan soluciones socialistas y los que no creen sino en aquellas rabiosamente individualistas, en todos los que consciente o inconscientemente no están inmovilizados en el cielo de Zarathustra, un deseo altruista, común, de mejorar la vida de los miserables.

Y este mejoramiento sólo lo puede dar la ciencia, única base inderruible de la humanidad. El romanticismo no ha hecho más que perjudicarnos: las soluciones sentimentales no pueden ser nunca sólidas ni prácticas.

La aplicación de la ciencia social a las miserias de la vida puede ser el lazo de unión entre los hombres de tendencias altruistas. Al unir las aspiraciones de unos y de otros dentro de lo práctico y de lo posible, sin confundirlas en su parte doctrinal, sabemos que no vamos a realizar inmediatamente nuestros proyectos, pero queremos que las ideas

se agiten, se aireen y que conozcan las soluciones científicas de los problemas los más interesados en resolverlos.

Aplicar los conocimientos de la ciencia en general a todas las llagas sociales, unas comunes a todos los países, otras peculiares a España, es nuestro deseo. Poner al descubierto las miserias de la gente del campo, las dificultades y tristezas de la vida de millares de hambrientos, los horrores de la prostitución y del alcoholismo; señalar la necesidad de la enseñanza obligatoria, de la fundación de las cajas de crédito agrícola, de la implantación del divorcio, como consecuencia de la ley de matrimonio civil.

Y después de esto, llevar a la vida las soluciones halladas, no por nosotros, sino por la ciencia experimental, deteniéndonos oportunamente allá donde ella se detenga, pero con las soluciones encontradas, no mostrarlas fríamente, sino propagarlas con entusiasmo, defenderlas con la palabra y con la pluma hasta producir un movimiento de opinión que pueda influir en los gobiernos y despierte las iniciativas particulares para aquellas soluciones en que por fortuna se pueda prescindir del Estado.

Diciembre de 1901.

Baroja, candidato

En noviembre de 1909, *El País*, en un fondo del día 26, comentaba la presentación de don Pío Baroja como candidato del partido republicano radical al cargo de concejal del Ayuntamiento de Madrid, diciendo:

«¿Quién es Baroja? No faltará algún ciudadano que lo pregunte. ¿Quién es Pedregal?, se preguntó en 1873, por carteles pegados en las esquinas. Don Manuel Pedregal era ya un prestigio en Economía y Hacienda, y fue uno de los republicanos más dignos, honrados y consecuentes.

No se extrañe el ilustre Baroja que se pregunte lo que se preguntó del ilustre Pedregal.

Pío Baroja es guipuzcoano; es hijo de un ingeniero y escritor de gran mérito y de ideas avanzadas; es hermano de un notabilísimo dibujante. Como Cao, tiene o ha tenido panadería, y en broma le han dicho muchas veces que, por no ser menos que su compañero Cao, quiere ser concejal. Porque Baroja hace años que mostró deseos de representar al pueblo de Madrid en el Ayuntamiento; lo expuso en un periódico, y el mundo literario creyó que era una excentricidad. Pues no; es un honrado y legítimo deseo que se va a realizar el día 12 de abril. ¿No fue Montaigne alcalde de Burdeos? (1)

(1) Una errata adjudicaba la alcaldía de Burdeos a Montaigne.

No crean los que pregunten quién es que Baroja viene al olor de la panadería de campos distantes. No, Baroja ha sido siempre un espíritu audaz, revolucionario, radicalísimo. Ahí está su obra, su obra considerable por la calidad y la cantidad. En *Vidas sombrías*...

¡Ah! Se nos olvidó decir que este Baroja, industrial como Cao, es novelista como Galdós y Blasco Ibáñez. En *Vidas sombrías,* hermoso libro que se publicó en *El País,* demuestra el autor amor a los desgraciados, a los humildes, a los caídos. Es allí un socialista sentimental. En *Paradox, rey* es Baroja un demoledor fino, irónico y terrible a lo Voltaire. No creemos que haya otro libro moderno más radical, más revolucionario.

En su portentoso tríptico *La lucha por la vida: La busca, Mala hierba* y *Aurora roja* ahonda como pocos en la vida madrileña, busca en sus negras honduras como nadie. Con haber escrito *La busca* basta para merecer ser concejal de la Villa.»

Una réplica

Esta presentación de Baroja, deseoso de llevar su curiosidad de novelista a los escaños de la Corporación municipal madrileña, no dejó de provocar sorpresa en unos e indignación en otros muchos.

Entonces se dio a luz una hoja anónima titulada «Fuera caretas», que reunía varios sueltos de asuntos distintos. Comenzaba con un prólogo y saludo que decía:

«Nos joroba la mentira, nos revienta la farsa y venimos a hablar al pueblo con acentos de verdad.

¿Quiénes somos? No importa saber cómo nos llamamos. Somos del montón, somos de la calle, que hemos buscado en nuestros bolsillos, hemos reunido unas pesetas, y en pleno arroyo levantamos una tribuna para decir al pueblo lo que sentimos en el corazón.

Las cosas que hemos de escribir no nos las habían de admitir en esos periódicos-empresas que explotan el republicanismo por un lado, recogiendo las perras de los propietarios, y explotan por otra parte el miedo de los partidos monárquicos, cazando ricas subvenciones. ¡Venimos a deshacer la farsa, venimos a perturbar digestiones! Nosotros, que conocemos al detalle muchas enormidades democráticas, os las venimos a contar, y creed que os habéis de divertir.»

Y a continuación concedían el primer arranque a la andanada contra Pío Baroja, dedicando a los electores socialistas el siguiente texto:

«Pío Baroja, que es literato y tiene una panadería, solicita el voto de los socialistas en la candidatura republicano-socialista. Pío Baroja redactó el manifiesto que estos días repartió la coalición, en la que se os saca como pauta de conducta de los futuros concejales la de los regidores de la España del siglo XVI, del siglo de la Inquisición; Pío Baroja debe ser conocido de los socialistas que le van a dar su voto; pero si no lo conocen, lo vamos a presentar nosotros... ¿Qué opinión tiene Baroja del socialismo y de los socialistas, que aspira a representar en el Municipio?

El la da clara y terminante en el libro que publicó hace cinco o seis años tiulado *El tablado de Arlequín.* Oídle, que merece la pena.

En el capítulo titulado «Burguesía socialista» dice: "He sido un curioso del socialismo. No he estudiado gran cosa de sus doctrinas, porque su parte política me es repulsiva.

Siento una antipatía profunda por esa doctrina y por ese partido que trae la glorificación de la manada, el apabullamiento del individuo por los demás"»

«Si llegara esa dulce vida en rebaño, antes de ocupar el número ochenta mil o noventa mil que me tocara en el gran pesebre socialista, preferiría emigrar, refugiarme en otro país más atrasado y menos socialista, aunque no tuviese allí más derecho que el del sagrado revólver».

Ahí tenéis a vuestro candidato Pío Baroja. ¡Compañeros, a votadle, y viva la barriga batiente!

«¡Ahora ya no piensa lo mismo Pío Baroja! Ahora ya no va a ocupar en el pesebre socialista el número noventa mil; va a ocupar el ciento, y la cosa varía. Es cosa de enfundar el revólver, y ¡a las urnas, compañeros! ¡Manada, vótame! ¡¡¡Rebaño, dame tu representación!!!»

«¡Todo farsa, todo mentira, todo comedia! ¡Pobre pueblo!»

¡Qué lejos estaba el que tal andanada redactó, de conocer a su víctima! Estoy seguro de que si el autor de *El tablado de Arlequín* llegó a poner sus ojos en semejante texto o a recoger el ta-ta-ta de semejante música de ametralladora, inmediatamente le daría la respuesta con el alborozo de una carcajada estruendosa, sintiendo a la par gran satisfacción, por parecerle que todo aquello glorificaba su sentir de hombre independiente, incapaz de enrolarse con ningún movimiento de masas, incapaz de acudir a una plaza de toros para sumarse a la ovación al espada triunfador de un volapié o de un descabello, incapaz de presenciar un partido de fútbol ni de seguir la carrera borreguil de un desfile político, sean lo que sean sus ideales procesionarios.

Don Pío no buscaba su presencia en ningún acto público, más bien la rehusaba, ni evitaba tampoco ninguna responsabilidad, aunque no fuera autor él de la oficiosidad de personas ajenas, que hubiesen podido obrar sin su conocimiento.

En agosto de 1920 el semanario socialista de Madrid titulado *La Internacional* transcribió de un libro de Baroja titulado *La caverna del humorismo* un capítulo titulado «La balada de los buenos burgueses». El fiscal encontró injurias al rey en ese capítulo, y lo denunció; Baroja se enteró de la denuncia estando en Vera del Bidasoa por una carta del señor Núñez de Arenas, director de *La Internacional,* y un número del semanario en el que se comunicaba a los lectores que Baroja estaba procesado.

En ese artículo de *La Internacional* se insistía en que al aparecer *La caverna del humorismo,* don Pío había enviado ese capítulo de «La balada de los buenos burgueses» al periódico, y que en las cajas de la imprenta se había perdido.

Poco después llegó un exhorto a Vera del Bidasoa, donde el juez llamó al escritor, y éste declaró simplemente lo que era cierto. Que era autor del libro titulado *La caverna del humorismo,* y que en ese libro existía un capítulo que se titulaba «La balada de los buenos burgueses».

Lo que había ocurrido era que el señor Núñez de Arenas, director del semanario, había solicitado del cuñado del escritor, editor Caro Raggio, permiso para reproducir el capítulo, y hasta un retrato del autor del libro, para estamparlo con el fragmento que se iba a reproducir, que fue el que se perdió en las cajas de la imprenta donde hacían *La Internacional.*

Don Pío afirmó en su declaración su no intervención en el hecho de la publicación del fragmento, y cuando el semanario dio noticia de que don Manuel Núñez de Arenas había sido procesado por un artículo de Baroja, éste envió una carta a *El Sol,* que la reprodujo, diciendo que aquello era falso, que la reproducción se había hecho sin autorización suya. Y añadía: «Bien que se tenga miedo a que le enchiqueren a uno; es este sentimiento lógico y natural en el socialista como en el individualista. Lo que no se debe hacer para defenderse es mentir ni falsear la verdad. Bien está el temor, y yo participo muchas veces de él; pero no hay que exagerarlo. Yo, a pesar de que no tengo ningún deseo de veranear ni de invernar en el bello hotel de los alrededores de la Moncloa, he dicho la verdad, como estoy dispuesto a decirla siempre. Esta verdad, con relación a este

asunto, es la siguiente: Primero, que yo soy el autor del libro titulado *La caverna del humorismo.* Segundo, que afirmé esto en mi declaración porque en la nota de *La Internacional* acerca del proceso se insistía con cierta ansia, demostrando no precisamente el heroísmo del Cid, en que yo había mandado, al aparecer el libro, ese capítulo al semanario socialista.

Si el periódico no hubiera dicho esto, que es cierto, yo no hubiera afirmado como afirmé que desde entonces no había enviado ningún artículo a *La Internacional,* lo que también es cierto.

Respecto a que la Ley de Imprenta sea más o menos lógica, que se procese al que reproduzca un trozo de un libro, no al autor de ese mismo libro, yo no tengo la culpa de ello, porque no he sido quien la elaboró. Esto no es obstáculo para que yo esté dispuesto a afrontar las responsabilidades como autor de *La caverna del humorismo.* Viviendo en la frontera, fácil hubiera sido, de quererlo, ir a pasar una temporada al otro lado del Bidasoa. Sin embargo, no lo he hecho, y he venido a Madrid a cooperar en la solución del proceso a pie firme.»

Esto se publicaba en *El Sol* el 20 de agosto de 1920. ¡Qué sorpresa no habría tenido don Pío si alguien entonces le hubiera dicho que en julio de 1936, es decir, dieciséis años más tarde, veríase en el caso de cruzar aquella frontera que tenía tan cerca de su *Itzea* navarra, después de haber cometido, por su curiosidad de hombre ingenuo y poco precavido, una tremenda imprudencia, que pudo costarle la vida!

Por fortuna, la Providencia quiso ponerle en su camino nada menos que a un alto jefe del Ejército español —ambos, el salvador y el salvado, compañeros en la Real Academia de la Lengua— que colaboró noble y generosamente para hacer que don Pío alargase su vida algunos años más y pudiera escribir con toda tranquilidad sus *Memorias* para colmar la curiosidad, esta vez sin exposición ninguna, de sus millares de admiradores en España y en el extranjero.

JOSE GARCIA MERCADAL

General Pardiñas, 72
MADRID-6